

~~Ángel de las Nieblas~~

~~LA PIEDRA SOLITARIA DE BÉCQUER~~

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

~~Por Juan Rejano~~

Romanticismo: misterio, amor y muerte

Ciertamente, en España, el romanticismo no produjo expresiones literarias que alcanzasen la pureza y la intensidad de las que, por ejemplo, nacieron con Shelley o Keats, Novalis o Tieck, Hugo o Musset. La poesía y la literatura románticas españolas no lograron librarse totalmente del pesado lastre neoclasicista dieciochesco, y ésta es la causa de que en la mayor parte de las obras románticas notemos una rigidez de cosa acortada, un aire de bambalinas mal disimulado, cuando no, en ocasiones, una grandilocuencia postiza por donde se iba el verdadero perfume de lo romántico. Se ha dicho, con certero juicio histórico, que en España el movimiento romántico encontró un camino abierto por el fenómeno del Renacimiento, que no había cerrado totalmente las puertas a las tradiciones de la Edad Media, sino que incorporó muchas de ellas a sus aires de innovación. Esto es verdad, puesto que, en uno de sus aspectos, el romanticismo vuelve los ojos al pasado medieval, y a los temas históricos o legendarios españoles; pero también es verdad que ese camino, esa coincidencia, son quizá la causa de que lo romántico, en lo que tenía de reacción contra el racionalismo del XVIII, contra la creencia inmediata de una supuesta posesión de la verdad, surgiese en España con retraso y de manera débil y borrosa. El hallazgo del hombre por la mirada renacentista encontró en España

excesivos velos negros. Los grandes románticos de lengua no española centraron muchas de sus creaciones en el ambiente y el paisaje ideal de la España del medievo; pero siempre hubo en ellos un sentimiento de libertad profundo y, a veces, violento, lo cual quiere decir que el romanticismo no había roto con todo lo que significaban las ideas más generosas del XVIII. En España no se producen expresiones románticas, de voz propia e inconfundible, hasta vencido el primer tercio del ochocientos, y el sentimiento de libertad en esas expresiones es tan débil casi siempre o se halla tan distante, que apenas se le puede tener en cuenta como componente de las aspiraciones románticas. Hay que salvar, no obstante, a Espronceda, cuya afinidad con Byron y cuyo acento propio lo sitúan en ese ala -el ala izquierda si se nos permite- del romanticismo.

Hasta el ochocientos treinta y tantos, con Rivas, no aparece la apasionada plenitud de lo romántico. Hasta unos años más tarde, con Zorrilla, no adquiere el Romanticismo su fisonomía nacional. Pero, ni con uno ni con otro, ni con los que, entre uno y otro, se asomaron a la lírica, a la novela, al teatro, consiguió el romanticismo esa suave y aromada brisa, que a veces es huracán arrebatado, pero que siempre, en sus mejores momentos, es expresión de un destello interior, purísimo fulgor nacido de las tinieblas, de las angustias más bondas. A estas alturas, hay que confesar, sin que ello sea una arbitrariedad ni menos un descubrimiento, que el romanticismo en España, contrastado siempre a la luz de otros países, produjo obras y personalidades de

escaso rango, si se exceptúan las de algunos escritores que, como Larra, sobresalieron en la crítica y no en la creación.

Es en los años postrománticos cuando aparece en la literatura española una figura que había de dar al romanticismo su acento más puro y conmovedor. Esta figura es Bécquer. Gustavo Adolfo Bécquer, que está entre los grandes telones de fondo de Zorrilla y la retórica semiparnasiana ~~Vigilantes de la noche~~ de Núñez de Arce, incorpora a la lírica española la voz de la emoción interior, el verdadero y eterno sentimiento de la poesía, que se hace cristal en los remansos y huye cuando se acercan los huecos vientos de la palabrería. Con su solo ademán tímido y silencioso apaga, bajo unos cuantos versos, todo un pasado reciente, que hoy nos suena, en su mayor parte, a tramoya.

Bécquer es <sup>con Rosalía de Castro,</sup> el más alto lírico español—estábamos por decir el único—<sup>Ahora firmemos: los únicos, teniendo en cuenta a la autora de "En las orillas del Sar."</sup> del XIX. <sup>AY</sup> de esa altura no lograron hacerle descender ni la vulgaridad de la época, de su época y de la posterior, ni la torpeza de sus imitadores. Jamás poesía alguna se ha visto sometida a tan terrible prueba. En el último tercio del siglo pasado y en los comienzos de éste, las "rimas" de Bécquer fueron el punto de apoyo, la obligada causa del suspiro de todas las señoritas cursis y todos los galanes empalagosos. Sin embargo, ahí están, intactas, virginales, ahí está esa poesía como en el día mismo en que pasó angustiando, quemando, el corazón de su creador. ¿Qué fuerza pudo hacerle resistir este temible alud de las devociones sensibleras? Los propios y recónditos latidos de su sangre, el perfume inalcanzable de su verdadera emoción,

la razón milagrosa de su misma existencia. Porque esta poesía, que se alza sobre los elementos más simples y vulgares, que desconoce las grandes decoraciones de la palabra, los efectos orquestales del ritmo, los recursos y los resortes a veces legítimos, explica como pocas la naturaleza del milagro poético, y hace volver los ojos, admirados, al misterio, a ese misterio donde se apoya la facultad creadora, con un olvidado rostro por compañía, bajo un cielo inalterable de brumas. Aquello del "acordeón tocado por un ángel" que dijo un escritor español de nuestros días es exacto en función de imagen, pero no en cuanto a hondura de apreciación, porque a ese acordeón se han acercado después muchas manos con deseo de pulsar sus teclas y sólo han conseguido sacar aire de los fuelles. Faltaba el ángel, se

dirá. Naturalmente. Y esto es lo imperdonable en todos los imitadores: no comprender que sólo les es posible recoger lo externo del modelo. Lo becqueriano, es decir, lo que pudiéramos llamar el estilo, más o menos lánguido, suspirante, melancólico, que llenó toda una época, atrajo, influyó muchas imaginaciones: Becquer, lo que era Becquer en el fondo de su personalidad, no consiguió ni un solo prosélito. ¿Cómo había de conseguirlo? Lo conseguía, y con bastante aproximación, un Núñez de Arce, un Campoamor o cualquier otro versificador. Sólo se pueden citar, modernamente, tres casos, no de seguimiento, claro está, sino de fino y hondo acercamiento de homenaje más bien, al alma de Becquer. Estos casos son: el de Unamuno en su poema "Teresa", el de Alberti en "Sobre los ángeles" y el de Cernuda en "Donde

~~habite el olvido".~~

Hay un primer fenómeno en la personalidad de Becquer sobre el que no se puede pasar con ligereza. Los románticos esenciales de lengua no española, como ya se ha visto, dirigían sus miradas hacia España en busca de temas y de grandes figuras. Bécquer, cuyo espíritu corresponde por entero al estilo y al genio de España, los dirige por el contrario hacia el norte, hacia los países y regiones de cielo gris y melancólicos paisajes. ¿Es que entonces, realmente, no habitaba en él ese carácter de lo español? Se ha atribuido a su formación literaria y, más que a ésta, a la educación de su sensibilidad, una influencia directa de Heine, <sup>cuya poesía conoció por las traducciones del poeta y diplomático Eugenio Florenx</sup> Creemos que esta influencia fue cierta, más no ~~negativa~~ <sup>decisiva</sup>. Es decir, que lo que en Becquer se expresó poéticamente tenía una raíz propia, un arranque genuinamente "becqueriano". Sus miradas más allá de los cielos de España buscaban precisamente esos ambientes de misterio, esos lugares propicios a la evocación, a los que tanta fidelidad supo guardar. Sólo por esta búsqueda apasionada de lo misterioso y, acaso, por un inevitable afán de huir de la mediocridad de una vida excesiva y dolorosamente sujeta a su raíz, se explica aquel fenómeno. Tenemos el ejemplo en las "leyendas". Estas pequeñas obras, de fino valor literario, tratan de recoger—salvo aquellas en que asoman las escenas costumbristas—más que el interés de una intriga o el carácter de unos personajes, el halo de misterio que rodea a éstos, el aroma de leyenda que los hace aparecer irrea-

Florenx Sanz.

les. La irrealidad es, casi siempre, la atmósfera donde más a gusto y con mayor holgura se mueve Bécquer. Por eso, sus preferencias se van hacia las tradiciones, hacia las consejas, hacia los cuentos de aparecidos y los relatos de aldea donde siempre está en primer término el milagro y el asombro, hacia los sucedidos que no tienen una señal de origen ni un final explicable. La "vaga melancolía" de su espíritu, como él mismo advierte, lo lleva siempre por vericuetos ocultos de sombra. Hay momentos en que su propia memoria llega a formar parte de esa niebla en que se refleja. Entonces dice: "Me cuestra trabajo saber qué cosas he soñado y cuáles me han sucedido". Si Bécquer pasa por un bosque, cree ver surgir de entre la maleza extrañas deidades o huir ligeras sombras vagorosas; si se detiene ante un lago o una fuente, sospecha que, bajo sus aguas, vive el cuerpo maravilloso de una mujer y hasta cree distinguir el fulgor obsesionante de sus ojos y el brillo estelar de su cabellera; si sus paseos le llevan hasta las puertas de un cementerio, quiere escuchar los diálogos de los muertos, sus voces llenas de pavorosas inflexiones; si cruza entre unas montañas, los ecos más remotos le dicen que aquella soledad y aquella majestad están llenas de extrañas vidas desconocidas para los hombres; si mira a un cielo anubarrado alcanza a discernir gigantescas figuraciones, formas increadas que, como seres inquietantes, le llenan el corozón de luces y sombras; si a su lado ve encenderse una hoguera, las lenguas verdes y rojizas del fuego le hablan

de inaprehensibles espíritus que juegan, se incorporan o desaparecen ante las miradas impasibles... He ahí la voz desnuda del romanticismo. Podrá tener esta voz un eco germánico, un leve acento de gustos a la moda de Europa; pero ella es la sola, la única que trae a la lírica romántica española esta condensación íntima de elementos esenciales, a los cuales, por lo demás supo darles Bécquer encuadramiento español.

Otro ejemplo que viene en nuestro apoyo es de los viajes y excursiones del poeta. Becquer aspiraba a conocer España, su tierra, sus paisajes, sus gentes, sus ciudades. En este mismo gusto coincidió, bastantes años más tarde, Unamuno. El poeta sevillano decía: "Nuestros viajeros son en muy corto número y, por lo regular, no es su país el campo de sus observaciones... Es preciso salir de los caminos trillados, vagar al acaso de un lugar a otro, dormir medianamente y no comer mejor; es preciso fe y verdadero entusiasmo por la idea que se persigue para ir a buscar los tipos originales, las costumbres primitivas y los puntos verdaderamente artísticos a los rincones donde su oscuridad les sirve de salvaguardia". Don Miguel escribía: "Pero es preciso salirse de las grandes rutas ferroviarias por donde circulan los turistas deportivos, Baedeker en mano, que no saben dormir, ¡pobrecillos!, sino en cama de hotel, ni saben comer sino con una cualquiera de esas infinitas aguas embotelladas que tienen perdido el estómago a todos los tontos y una comida internacional, que es la peor de las comidas.

Para estos desgraciados, unas horas de diligencia, de carro, a caballo, en burro, y nada digo, a pie, son el peor tormento. Esos pobres jamás conocerán el mundo". Idéntico deseos, casi idénticas palabras. Pero si Unamuno buscaba el apego a la entraña de la tierra, a la fisonomía del paisaje y los hombres que en él maduran, es decir, a la tradición viva de que tanto nos habló, Bécquer gustaba del contacto con la tradición, por llamarle así, arqueológica, esto es, con los apagados testimonios de las edades pasadas, las ruinas, los templos, los castillos, las viejas ciudades, los lugares históricos. "Yo tengo fe en el porvenir -advertía-. Me complazco en asistir mentalmente a esa inmensa e irresistible invasión de las nuevas ideas que van transformando poco a poco la faz de la Humanidad... No obstante, sea cuestión de poesía, sea que es inherente a la naturaleza frágil del hombre simpatizar con lo que perece y volver los ojos con cierta triste complacencia hacia lo que ya no existe, ello es que en el fondo de mi alma consagro como una especie de culto, una veneración profunda a todo lo que pertenece al pasado". Y, para ampliar el testimonio de su sentimiento liberal, añade: "La misma certeza que tengo de que nada de lo que desapareció ha de volver, y que en la lucha de las ideas las nuevas han herido de muerte a las antiguas, me hace mirar cuanto con ellas se relaciona con algo de esa piedad que siente hacia el vencido un vencedor generoso". Es la lucha de los sentimientos románticos con las ideas de progreso ya incorporadas a la vida inmediata. Es, como decíamos, la expresión del liberalismo, que se nutre de la cultura tradicional y as-



pira a instaurar nuevas formas de vida. Pero el amor de Bécquer a la tradición es un amor mezclado de religiosidad y de arte. Por eso se extasía, sobre todo, bajo las bóvedas de los templos. En los templos encontró Bécquer una de sus más puras fuentes de inspiración. Las grandes catedrales, como las ignoradas y diminutas iglesucas, atraen la devoción, más que nada poética, de su espíritu. (Bécquer tuvo la intención de escribir una "Historia de los templos de España".) Quizá influyó en esa devoción el renacimiento del interés por la arquitectura, que venía del siglo XVIII, sobre todo a partir de Jovellanos que, con su "Elogio de las Bellas Artes", tantas veces despertó y tantos continuadores atrajo. Aunque es más posible que, en el propósito becqueriano, interviniera la sombra de Chateaubriand con "El genio del cristianismo" y su pasión por el gótico, como expresión de la grandeza del catolicismo en la Edad Media.

Más Gustavo Adolfo no entraba sólo en los templos a aliviar, a confortar el alma a través de la meditación religiosa. Entraba a buscar el encanto poético que flota bajo sus arcos, los perdidos rincones, las inscripciones enigmáticas, los contrastes de la luz en las ojivas y de las llamas de los cirios al resbalar por los muros, los sepulcros de piedra donde se alzan hieráticas figuras de guerreros, de principes, de monjes. Entraba, en definitiva, tras el misterio, ese misterio a que le llevaba su naturaleza romántica. Para Bécquer ninguna emoción puede compararse a la de hallarse frente a una de

esas tumbas que levantan sus imponentes <sup>n</sup> catornos en las grandes basílicas. Innumerables veces el poeta ha meditado frente a ellas, se ha arrobado contemplando la piedra inanimada que guarda la gesta, el dolor, el orgullo de otros días. De aquel estado de ánimo nacieron tal vez estas palabras de renunciación:

En la imponente nave  
de templo bizantino,  
vi la gótica tumba, a la indecisa  
luz que tiembla en los pintados vidrios,  
Las manos sobre el pecho,  
y en las manos un libro,  
una mujer hermosa reposaba  
sobre la urna, del cincel prodigio.

*negras  
o cursivas*

.....

Cansado del combate  
en que luchando vivo  
alguna vez recuerdo con envidia  
aquel rincón oscuro y escondido.

Bécquer llega, incluso, en alguna ocasión, a ver descender de sus sepulcros a los reyes, los santos y los caballeros, y a oír, desde un apartado ángulo, sus indefinibles conversaciones, entre el ruido de las corazas y las armas y el crujir de los brocados de las capas pluviales. Por este camino, bajo esta atmósfera, llega a identificar se de tal manera con el mundo fantasmagórico, que no es extraño que le oigamos exclamar: "¡Cuántas veces, después de haber discurrido por las anchurosas naves de alguna de nuestras inmensas catedrales góticas o de haberme sorprendido la noche en uno de esos severos e imponentes

claustros de nuestras históricas abadías, he vuelto a sentir inflama da mi alma con la idea de la gloria, pero una gloria más ruidosa y ardiente que la del poeta! Yo hubiera querido ser un rayo de la gue rra, haber influido poderosamente en los destinos de mi patria, haber dejado en sus leyes y sus costumbres la profunda huella de mi paso; que mi nombre resonase unido, y como personificándola, a alguna de sus grandes revoluciones, y luego, satisfecha mi sed de triunfos y de estrépito, caer en un combate, oyendo como el último rumor del mundo el agudo clamor de la trompetería de mis valerosas huestes pa ra ser conducido sobre el pavés, envuelto en los pliegues de mi des trozada bandera, emblema de cien victorias, a encontrar la paz del sepulcro en el fondo de uno de esos claustros santos, donde vive el eterno silencio, y a los que los siglos prestan su majestad y su co lor misterioso e indefinible". Pero no nos dejemos engañar. No nos arrastren los deseos de gloria, de fastos, de estruendo. Lo que al poeta le atrae, le llama, con voz impenetrable, es el misterio. Él mismo lo confiesa en las últimas palabras: "color misterioso e inde finible". El color inmaterial de esa sosegada muerte, de ese dormir callado sobre la historia, lejos de toda ambición que profane. El ansia misma que le hace decir al tratar de aprisionar ese "perfume misterioso" de que él se siente tan lleno:

*negras  
o cursivas* } Palpito entre las sombras  
y floto con las nieblas.

Porque también en sus pequeños poemas en verso encontramos otra apoyatura para identificarlo en las regiones del misterio:

*negras  
o curvadas* { Largo lamento  
del ronco viento,  
ansia perpétua de algo mejor,  
eso soy yo  
.....  
Yo, que incansable corro y demente,  
tras una sombra, tras la hija ardiente  
de una visión.

Dice, escuchando, como tantas veces, los propios latidos. Y cuando el dolor le ronda y quiere clavarlo en su soledad:

*negras  
o curvadas* { Nubes de tempestad que rompe el rayo  
y en fuego ornais las desprendidas orlas,  
arrebatado entre la niebla oscura,  
¡llevadme con vosotras!

No quiere sucumbir el poeta: quiere perderse en el misterio, habitar en él perpétuamente, como "átomo de luz" o sombra errante. Pero aún esta aspiración se hace más tangible:

*negras  
o curvadas* { Me parece posible arrancarme  
del mísero suelo  
y flotar con la niebla dorada,  
en átomos leves,  
cual ella deshecho.

Todavía el poeta habrá de definir mejor los pasos de su espíritu y, como respondiendo a una última pregunta, dice:

*negras  
o cubiertas* { ¿Adónde voy? El más sombrío y triste  
de los páramos cruza:  
valle de eternas nieves y de eternas  
valle melancólicas brumas.

Sólo en esa región sin límites, en esa vida impalpable, pod  
dremos encontrar enteramente a Bécquer, <sup>*espíritu*</sup> ~~ángel~~ solitario, porque allí  
habitará la poesía, allí estará la verdadera palpitación de lo román  
tico.

El sentimiento del amor en Bécquer es profundo, entrañable,  
como en <sup>*verdadero*</sup> todo poeta. Más no hay en él ni gritos desgarrados, como,  
por ejemplo, en el autor del "Canto a Teresa", ni clamorosos himnos  
eróticos. En toda su obra poética, apenas puede distinguirse una sa  
lida hacia el júbilo amoroso. El creador de las "rimas" no debió  
atraer sobre sí las fortunas del amor, pero además su inclinación a  
lo irreal, a idealizar las formas más concretas, mantuvieron, sin du  
da, insatisfecha su alma. Por eso, más que el amor, es el dolor  
quien se agita en sus poemas, el dolor amoroso, que sólo tiene acen  
tos de melancolía. Canta al amor, no a un amor determinado. Y,  
cuando deja aparecer un episodio amoroso, lo hace siempre a través  
de un recuerdo o una ironía. A una mujer le dice: "Poesía eres tú".  
Pero, a continuación explica: "La poesía eres tú, te he dicho; porque  
la poesía es el sentimiento, y el sentimiento es la mujer. La poesía  
eres tú, porque esa vaga aspiración a lo bello que la caracteriza, y  
que es una facultad de la inteligencia en el hombre, en tí pudiera

decirse que es un instinto. La poesía eres tú, porque el sentimiento, que en nosotros es un fenómeno accidental, y pasa como una ráfaga de aire, se halla tan íntimamente unido a tu organización especial, que constituye una parte de tí misma".

No es, pues, tan ligera y superficial, tan "romántica", la idea que muchos han atribuido a la "rima" de que hacemos referencia. Bécquer encerró en cuatro versos el pensamiento; pero, en esos cuatro versos, había toda una definición de la lírica, como la había también, acercándose a la que hoy corre por muchas plumas, en aquellos otros que insinúan:

*negras  
o curvas* { Memorias y deseos  
de cosas que no existen

Lo que ocurre es que, en la época de Bécquer, lo romántico empezaba a usarse ya como un perfume barato. El romanticismo, con la irrupción de las ideas positivistas, bajo los primeros balbuceos del realismo, había dado paso a un estilo de vida y de sentir cursi, ramplón, que, en vez de aromar, atufaba. El mismo Bécquer no pudo escapar, en ocasiones, a cierta influencia. De ahí, por ejemplo, aquella rima que comienza:

*negras  
o curvas* { Voy contra mi interés al confesarlo,  
pero yo, amada mía,  
pienso, cuál tú, que una oda sólo es buena  
de un billete de Banco al dorso es crita,

De ahí también aquella otra, cuyo valor se busca en el con-  
traste casi grosero:

*negras  
o cursivas*

¡Qué hermoso es ver el día  
coronado de fuego levantarse,  
y a su beso de lumbre  
brillan las olas y encenderse el aire!

.....

¡Qué hermoso es, cuando hay sueño,  
dormir bien... y roncar como un sochantre...  
Y comer, y engordar! ¡Y que desgracia  
que esto solo no baste!

Pero este Bécquer, que se enlaza con el ingenio <sup>característico</sup> ~~antipoético~~  
de Campoamor, nada tiene que ver con el lírico de ademanes suaves,  
lleno de fuego interior, de íntimas y silenciosas tempestades. Pre-  
cisamente aquellos versos suyos que pretenden atraernos, con un le-  
jano deseo didáctico, a un fondo moral, por medio de la ironía, son  
los que apenas cuentan en nuestra admiración. No es la anécdota, ni  
lo episódico, lo que nos llama en Bécquer: es la esencia, el eco de  
sus momentos más recatados, aquellas páginas que guardan, como un re-  
manso, sus aguas más cristalinas:

*negras  
o cursivas*

Si al mecer las azules campanillas  
de tu balcón  
crees que suspirando pasa el viento  
murmurador,  
sabe que, oculto entre las verdes hojas,  
suspiro yo.

.....

*negras  
o cursivas* { Si se turba medroso en la alta noche  
tu corazón,  
al sentir en tus labios un aliento  
abrasador  
sabe que, aunque invisible, al lado tuyo  
suspiro yo.

Expresión de amor que se recrea en su propia fuente; que quiere amar desde la sombra y reflejarse en el ser amado, sin exigirle otra dádiva que la de la comprensión. Expresión de amor que, a veces, sólo lo es ante una fugitiva y ardiente visión, ante esa ilusión imposible donde despierta siempre el embriagado corazón de lo becqueriano:

*negras  
o cursivas* { Cendal flotante de leve bruma,  
rizada cinta de blanca espuma,  
rumor sonoro  
de arpa de oro,  
beso del aura, onda de luz,  
eso eres tú.  
Tú, sombra aérea, que cuantas veces  
voy a tocarte, te desvaneces,  
como la llama, como el sonido  
como la niebla, como el gemido  
del lago azul.

Pero aún hay en esa expresión voces más íntimamente deses- peradas, porque ahora es lo humano, el amor humano, el que lo arrastra, con sus cadenas inefables, al misterio:

*negras  
o cursivas* { Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche  
llevan al caminante a perecer.  
Yo me siento arrastrado por tus ojos,  
pero adónde me arrastran, no lo sé.



Pero en Bécquer el amor no se dirigía sólo a la mujer. Su juventud lo impulsaba a ella, pero, como en todo creador, se albergaba en su alma otro amor menos ardoroso, que se diluía, se repartía, entre los seres y las cosas, y hallaba en la naturaleza motivos hondos de pasión. Un rayo de luz, una florecilla ignorada, un riachuelo escondido entre zarzas, una piedra gastada por el tiempo, le abren ante los ojos mundos de poesía y, sobre todo, le llenan de ternura el espíritu. Es posible que los elementos vulgares que encontramos frecuentemente en su obra, y con los cuales -he ahí lo maravilloso- levantó todo un monumento poético, nos hubieran parecido con el tiempo infinitamente más estimables, de no haberse malogrado temprano el gran poeta y haber podido dar corporeidad a aquellos innumerables "hijos de su fantasía" de que nos habló con desesperanza.

La vida de Bécquer se desarrolló entre una etapa de ilusión y una etapa de escepticismo. El infortunio, del brazo de la amarga duda, anduvo por medio y, en pocos años, echó a rodar toda una concepción aurirrosada del mundo. En su tierra natal y hasta las puertas de Madrid, el camino se le aparece sembrado de promesas. Ya en la antigua corte, dentro de sus azares, sus miserias, sus intrigas y sus acechanzas, todo cambia súbitamente, y los contados años que dura su existencia sólo le sirven para atesorar desengaños. Bécquer debió ser un hombre tímido, vacilante, poco apto para los

menesteres inmediatos. Yo me lo he imaginado siempre de la manera más vulgar, como uno de esos seres borrosos que pasan por la vida entre medias tintas, casi inadvertidos, pero que, sin embargo, llevan dentro un raro enjambre de fulgores. Quizá esta figuración mía no sea del todo descabellada, porque los rasgos biográficos que de él poseemos apenas si nos dicen otra cosa y, por otra parte, a lo largo de su obra son escasos los instantes de exaltación y en ninguno de ellos se nota ese fuego de rebeldía que sube del corazón de las grandes individualidades. Se adivina que Bécquer, al tropezar con los interminables obstáculos que le salieron al paso, acabó por trazarse una norma de resignación, en la cual la protesta emitía las voces hacia dentro. Donde mejor se comprueba, acaso, la trayectoria de la vida de Bécquer es en la <sup>naturaleza</sup> ~~trayectoria~~ de su sentimiento de la muerte. En Sevilla, hacia 1850, un niño, un adolescente, gustaba de asomarse a uno de los bellos parajes ocultos del Guadalquivir para soñar con la gloria de un nombre de poeta, con la esperanza de una vida entregada libremente a la belleza. Cada uno de aquellos sueños terminaba invariablemente en una meta: "Una piedra blanca con una cruz y mi nombre serían todo el monumento". Pero después, el mismo adolescente, al <sup>discurrir de</sup> ~~correr~~ los años y al describirnos aquellas vagas aspiraciones, cómo ha sabido revestir la imaginada tumba de encanto poético. La sombra de los álamos y los sauces, las azules campanillas movidas por la brisa, los insec

tos de oro volando en torno, la mano de un desconocido ofrendando unas flores, el susurro del agua cercana... todo un suave regusto de la muerte misma, en el que, naturalmente, se da por sentada el ansia de posteridad, es decir, de inmortalidad, que en Bécquer, como en todo hombre, se agitaba fuerte y constantemente, pero en él que había además casi una conciencia física de la paz funeral. Y esta casi conciencia, esta emoción, este presentimiento, jamás abandonará a Bécquer en todo su vida. Si el poeta llega a un lugar apacible, melancólico, donde hay verdes sombras y la calma extiende sus velos inalterables, instintivamente le sube este deseo al pensamiento: ¡Qué bien reposar aquí! ¡Qué dulce sueño eterno bajo esta paz! Si, como tantas veces, visita los cementerios, los de las grandes ciudades le producen aversión, con sus "tapias encajadas y llenas de huecos, como la estantería de una tienda de géneros de ultramarinos", sus "calles de árboles raquíuticos, simétricas y enarenadas, como las avenidas de un parque inglés" y su "triste parodia de jardín con flores sin perfume y verdura sin alegría". En cambio, los de las aldeas humildes le hacen decir: "En estos escondidos rincones, último albergue de los ignorados campesinos, hay una profunda calma. Nadie turba su santo recogimiento, y después de envolverse en su ligera capa de tierra, sin tener siquiera encima el peso de una losa, deben de dormir mejor y más sosegados".

Este deseo de paz en la muerte, este permanente imaginar en vida "vida" después de morir, es característica de todos los

románticos, sólo que en Bécquer se da con una fuerza que le traspasa los huesos. Y además, a través del tiempo, se va despojando de sueños y galas. Ya el poeta abandonó toda risueña idea. Su preocupación ante la muerte es la misma -aún recita con frecuencia el monólogo del príncipe de Dinamarca-, pero ¡de qué distinta manera le acucia! Un día recibiremos de él esta dramática confesión: "Desde que impresionada la imaginación por la vaga melancolía o la imponente hermosura de un lugar cualquiera, se lanzaba a construir con fantásticos materiales uno de esos poéticos recintos, último albergue de mis mortales despojos, hasta el punto aquel en que, sentado al pie de la humilde tapia del cementerio de una aldea oscura, parecía como que se reposaba mi espíritu en su honda calma y se abrían mis ojos a la luz de la realidad de las cosas, ¡qué revolución tan radical y profunda no se ha hecho en todas mis ideas! ¡Cuántas tempestades silenciosas no han pasado por mi frente, cuántas ilusiones no se han secado en mi alma, a cuántas historias de poesía no les he hallado una repugnante vulgaridad en el último capítulo! Mi corazón, a semejanza de nuestro globo, era como una masa incandescente y líquida que poco a poco se va enfriando y endureciendo. Todavía queda algo que arde allá en lo más profundo, pero rara vez sale a la superficie. Las palabras amor, gloria, poesía no me suenan al oído como me sonaban antes".

¡Por qué pruebas clarividentes, por qué íntimas amarguras no habrá pasado el poeta, para decidirse a escribir estas palabras!

Parece como si todo aquel fuego que le crepitaba en el pecho se le hubiera convertido de repente en cenizas y le ~~subiese~~ a los labios con una sensación de agonía. Los vivos anhelos han ido transformándose en una realidad conformista. Ya sólo aspira a "vivir oscuro y dichoso en cuanto es posible, sin deseos, sin inquietudes, sin ambiciones, con esa felicidad de la planta que tiene a la mañana su gota de rocío y su rayo de sol; después, un poco de tierra echada con respeto y que no apisonen ni pateen los que sepultan por oficio; un poco de tierra blanda y floja que no ahogue ni oprima, cuatro ortigas, un cardo silvestre y alguna hierba que me cubra con su manto de raíces y, ~~con~~ por último, un tapial que sirva para que no aren en aquel sitio ni revuelvan los huesos". Es la renuncia declarada, ante la muerte, a una vida que ha desnudado todas sus aberraciones; es ~~el~~ <sup>el</sup> corazón abierto que no desea morir, pero tampoco tomar parte en el oscuro coro de las maquinaciones. Más tarde, Gustavo Adolfo Bécquer nos llegará a decir como en palabras de última voluntad: "He aquí, hoy por hoy, todo lo que ambiciono: ser un comparsa en la inmensa comedia de la Humanidad y, concluido mi papel de hacer bulto, meterme entre bastidores sin que me silben <sup>ni me</sup> ~~aplaudan~~, sin que nadie se de cuenta siquiera de mi salida". ¡Qué lejanos aquellos sueños del Guadalquivir! ¡Qué diferencia con esta fría, terrible confesión! Pero ¡qué presente también la muerte en unos y <sup>en</sup> ~~otros~~, corriendo sin detenerse a través de los años, fija en la mente del artista y del hombre! Porque, aún en su renunciación, Bécquer vuelve a caer en la obsesión de siempre. Y se resiste a pensar que su cuerpo pueda

ser encerrado en la odiosa "estantería" de una Sacramental, con unos versitos alegóricos, unas fechas y otros detalles que le sublevan. Y, como para sincerarse de ese horror, escribe: "Esta profunda e instintiva preocupación ha sobrevivido, no sin asombro por mi parte, a casi todas las que he hido abandonando en el curso de los años". Y, para afirmarla, para hacerla definitiva, la encierra en estos versos:

*negra  
o cursiva* { En donde esté una piedra solitaria  
sin inscripción alguna,  
donde habite el olvido,  
allí estará mi tumba.

La tumba de Becquer encontró paz, pero no olvido. A ella nos acercamos hoy con la devoción más viva. Quizás los que desearon sin pudor el ruido de los póstumos ditirambos han caído en el olvido para siempre. Él, no. Su poesía, rodeada de soledad en su época, más alta si más ignorada, está ahora entre nosotros, vive en nuestra estimación, y por ella sabemos χ cómo en el XIX español no toda la lírica se despeñó teatralmente y fue a parar al desierto. Por ella sabemos cómo un poeta es fiel a su destino y, abrazado a él, agota su corazón en el dolor propio y el amor a los demás.